



● El poeta en su salsa. Ángel Medaglia se inspira en cualquier momento y de su boca salen poemas encantados, muchos con el recuerdo del muelle.

CRÓNICA



» JAVIER FRANCO ALTAMAR / Fotos: GUILLERMO GONZÁLEZ

*A Ángel Medaglia le duele el muelle de Puerto Colombia, le sigue doliendo lo que queda de él. Un vistazo a este hombre de 66 años que recita poemas a los turistas que asisten al histórico municipio del Atlántico.*

# El poeta que clama por el muelle

Le duele que las olas amenacen con derrumbar los estaderos que aún permanecen en pie, pero que apenas tienen unos pocos metros para seguir retrocediendo. Le duele que nadie haya tenido la inteligencia, desde las instancias de poder, para aprovechar esa mina de oro que se les desvanece...

No necesitó de recitarle completo su poema a dos turistas de Cali para que estos apreciaran el impacto de la desidia, del aban-



- Los turistas se acercan al vate del muelle para escuchar sus historias y su desencanto por la caída del histórico monumento.

dono, del desinterés. Los hombres acaban de dar un paseo corto por el apéndice de óxido y ruinas. "Si esto estuviera en Europa, allá sí lo hubieran aprovechado como se debe", dice uno de ellos antes de marcharse.

Acababan de escuchar, de labios de Medaglia, la historia de aquel muelle convertida en verso, en reflexión, en tristeza porque nadie le para bolas a nadie. "Aquí estuvo Jean Claude Bessudo y se ofreció a recuperarlo, pero nada: hay otros intereses", dice ahora Medaglia con sus gafas oscuras, mirando el mar desde lo queda

del muelle, ese cadáver que se mantiene en pie a los pedazos, testigo de una belleza que ya dejó de ser.

Ángel Medaglia, de 66 años, camina ahora hacia cualquier mesa, hacia la pareja que avanza, y se ofrece para declamar. Lo miran como bicho raro, pero él despega con su 'Elogio a la mujer'. Es una pieza con la que él –como lo hicieron muchos en su época de adolescente, dice– se lanzó a conquistar a la que sería su esposa, la madre de sus dos hijos, Elodia Altamar, que en paz descansa. Es la magia de la poesía, la que no muere.

“Es el poema que me abre el camino. Después, vienen los más pesados, los históricos, los que dan testimonio del muelle y su puerto, pero cuando lo escuchan, ya están preparados por el primero”. Y vienen los aplausos, los “gracias, poeta”, y los dos mil, los tres mil, las monedas que sean. Todo eso le sirve para seguir adelante con su vida de solitario, de apartamento de segundo piso, de café tinto en la mañana, de noticias en televisión y de más poesía.

Pero no puede empezar a declamar con el solo tinto. Ahora es mediodía en Puerto Colombia y comienzan a llegar turistas. No los puede abordar así, sin más ni más: debe primero tomarse una cerveza. Lo tiene por costumbre. Imposible, dice él, impedir la aparición de la musa tal y como está acostumbrada: a paso lento con los tragos de cebada. Y tiene que ser Club Colombia, un poco más fuerte que las otras, y sin la amargura que se aparece en las demás cuando copian la temperatura ambiente. “No me la tomo de un solo. La gracia es disfrutarla, saborearla, que dure 20 minutos o más, y ahí quedo listo para trabajar. No necesito más. Una sola es suficiente”, asegura.

Dice “Salud” y se lleva el pico de la botella a la boca. Se parece un poco a Alejandro Obregón. Por lo menos, se afeita igual. Su carcajada aparece con un impulso previo para tomar fuerza, y luego la lanza a la mesa con cada ocurrencia. La risa rebota y llega a las otras mesas. La gente observa, escucha...

Si se le deja hablar, contará toda la historia de Puerto Colombia, recordará su época laboral en bancos extranjeros (Banco Nacional de París y el First National Bank), sus años de comerciante en su Barranquilla natal, la separación con su esposa –que se iría con los hijos de ambos a España–; su aventura a los 35 años de edad, en soli-



**Son unos cuatrocientos** poemas los que han cobrado vida en la voz de este poeta, en sus gestos de cantante, en los brazos que vuelan con cada línea. Una veintena de esos poemas están recogidos en el libro ‘Cantos históricos a Puerto Colombia’, editado por la fundación cultural de ese municipio”

tario, a la Sierra Nevada para inspirarse; y sus cinco años de ‘secuestro’. Esa parte de la experiencia se dio, recuerda ahora, por haber tenido la idea de fundar, con otras tres personas, una escuela con el nombre de ‘General Santander’ en la vereda de Lourdes, en medio de una zona de influencia guerrillera.

Si la guerrilla no lo ejecutó –explica– es porque logró convencerlos de que mientras estuvo en Barranquilla, trabajó en la política de la mano de los Arteta y, a través de ellos, se había hecho dueño de unos libros impregnados de comunismo autografiados por sus autores. “Yo soy más comunista que ustedes”, le dijo y terminó convenciéndolos.

La guerrilla lo dejó seguir adelante, asegura, pero los mandos del frente regional lo obligaron a que, a través de su don de palabra, estuviera muy cerca de adoctrinamientos en muchas veredas y fincas. Lo llevaron “a un hoyo, al rabo de la mula” que ya no recuerda porque no quiere recordarlas, de donde lo llevaron a moverse

por rincones y pueblos.

Pero recordará, entre carcajadas, cómo evadió a los guerrilleros en provecho de la confianza que se fue ganando y a partir de la cual lo dejaban moverse con alguna libertad, pero sin despegarle los ojos. La oportunidad se le presentó convertida en un camión cargado de plátanos donde el conductor, que lo identificó, lo dejó subirse, y él se mimetizó entre los racimos.

Se bajó en Barranquilla luego de un viaje que le pareció eterno, pero la calma tendría que esperar un poco, porque esos mismos contactos del barrio Chiquinquirá que lo orientaron en su viaje a la Sierra, "donde de verdad nació un poeta", fueron los mismos en ser contactados por la guerrilla, y ellos ya sabían por dónde andaba Medaglia. Él tuvo que huir a Sabanilla, franja costera del corregimiento de Salgar, donde encontró refugio hace 25 años.

Fue hospedado en la casa donde vivió Álvaro Cepeda Samudio –que ya no existe–, y donde aparecieron los versos en defensa del famoso Castillo de la población, y unos a la paz del país, sobre lo que tiene mucha esperanza hoy por los diálogos de La Habana entre el Gobierno y las Farc.

De Salgar, se vino hace 15 años a la cabecera municipal de Puerto Colombia, donde ya todos lo conocen y han oído esa historia llena de peripecias, de arrojo y de poesía. En Puerto aparecerían los poemas a la plaza, al muelle, a su 'mar cenizo', a los golpes de la vida. Fue una producción que lo llevaron a ganar un Premio Nacional en 1995 que nunca viajó a reclamar a Bogotá porque en Puerto Colombia no le ayudaron con los pasajes.

Son unos cuatrocientos de poemas los que han cobrado vida en la voz de este poeta, en sus gestos de cantante, en los brazos que vuelan con cada línea. Una



**Recuerda que con** esta que le estoy haciendo son 50, 100, o quizás doscientas entrevistas de periodistas que lo ven como personaje exótico y diferente. 'El poeta del muelle', ya le dicen; y él siempre accede a declamar, a posar, a dejarse seguir en su periplo de mesas, estaderos, muelle y malecón"

veintena de esos poemas están recogidos en el libro 'Cantos históricos a Puerto Colombia' editado por la fundación cultural de ese municipio y lanzado en diciembre del 2010.

A él le dieron un buen paquete de libros y él empezó a venderlos a 10 mil pesos. Era lo que pedía con cada declamación que le permitían los turistas, pero se agotaron los primeros 2.000 ejemplares. Dos años después, se imprimió una segunda edición y el destino fue similar. Hoy le quedan unos pocos libros que, en realidad, son fotocopias del original. Dice que le tocó mandar a imprimir varios para seguir en la tónica.

En la solapa del libro, se hace una breve reseña sobre él, y se dice que estudió en La Normal de Varones, cuando ya tenía la vena poética inflamada por influencia de su tío Américo. Ese tío, recuerda él ahora, era directivo de la empresa Postobón y realizaba tertulias con sus ex compañeros de estudio del colegio Salesiano de San Roque. Las reuniones se rotaban de casa en casa. Por esa misma razón, cuando su

casa materna del barrio Boston fue escenario de la tertulia, Ángel fue testigo de varias de esas charlas pasadas por chistes y vino.

“Yo tenía cinco años, y mientras ellos tomaban vino Chianti, yo disfrutaba de una gaseosa que me duraba toda la jornada. Ese fue el primer nacimiento del poeta. Yo alcancé a declamar un poema de Pombo”, dice antes de tomarse su segundo trago de su cerveza.

Es la misma paciencia, asegura él, que tenía con su gaseosa negra, a la que le hacía un hueco en la tapa para sorber el líquido. No era urgente consumirla: lo que importaba era escuchar a esos 15 o 20 jóvenes hablando, cantando, tocando guitarra y declamando. Por eso, él hace lo mismo ahora, pero con el efecto inverso: comienza con un “salud, carajo” y bebe lentamente la cerveza, con tragos espaciados, para alcanzar el estado anímico preciso: “trabajar de otra forma no tendría sentido”, advierte una vez más.

Recuerda que con ésta que le estoy haciendo, son 50, 100, o quizás doscientas entrevistas de periodistas que lo ven como personaje exótico, diferente. “El poeta del muelle’ ya le dicen, y él siempre accede a declamar, a posar, a dejarse seguir en su periplo de mesas, estaderos, muelle y maldición.

Pero hoy, en este mediodía de viernes, accede a ser entrevistado con la esperanza de que, por lo menos esta vez, lo dejen

en segundo plano, porque preferiría que el personaje principal fuera el muelle; y el poeta quede “apenas como pretexto”, para que al fin hagan algo por ese muelle, nojoda, y para que alguien se dé la pela por aprovechar todo el potencial que se está dejando desplomar. “Porque no solo Puerto Colombia, sino Barranquilla misma está pidiendo a gritos una zona turística digna”, señala.

Ahora mira hacia el muelle desde el restaurante donde accedió a charlar. Se imagina esos parqueaderos llenos de chivas con turistas, la gente bajando a las playas desde las escalinatas del viejo muelle, música, iluminación artificial por la noche, la luna a lo alto en medio del jolgorio, motivos más nobles y bellos para la poesía. Ojalá vuelvan esos tiempos, piensa el poeta, ojalá vuelvan...

**Javier Franco Altamar** es comunicador social-periodista de la Universidad Autónoma del Caribe, y Magíster en Comunicación de la Universidad del Norte. Ganador de varios premios de periodismo a nivel nacional y regional. Autor del libro *En este mundo historial*, un reportaje sobre la vida de Juancho Polo Valencia, publicado por la Fundación la Cueva. Periodista de ADN y Casa Editorial El Tiempo.